

CRUZ CRUZ, Juan, *Conciencia y representación: una introducción a Reinhold*, Eunsa, Pamplona, 2017, 253 págs. ISBN: 978-84-313-3196-2.

CARLOS ORTIZ DE LANDÁZURI

Profesor visitante de la Universidad de Navarra
Pamplona/España
cortiz@unav.es

Recibida: 2/08/2017
Aceptada: 29/09/2017

El presente libro del profesor Cruz se inserta en una línea personal de investigación que, sobre la filosofía trascendental, iniciara en 1975 (incluyendo sendas traducciones de la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte), seguida de una exploración de la última filosofía de Schelling y una amplia monografía dedicada a la doctrina de la subjetividad en Fichte.

Pero el profesor Cruz ha querido entrar también en las importantes cuestiones que, desde los primeros kantianos, posibilitaron el despliegue de lo que luego se llamó “idealismo alemán”. Y allí estaba Reinhold (1757-1823), que ocupó en Jena la cátedra que luego Fichte recibiría y a continuación también Schelling.

Para el profesor Cruz, Reinhold viene a ser, en la historia de la filosofía moderna, el discípulo kantiano que percibió lo que faltaba todavía a la teoría del maestro para formar un conjunto regular. Presentó en lenguaje comprensible las abstracciones metafísicas de Kant, subrayando especialmente su interés religioso y moral. Así lo hizo ver en sus primeras obras (cap. I-III).

Y si Kant basaba su teoría en cierto número de hechos o supuestos que, sin haber establecido una demostración, admitía como “ya dados”, Reinhold exigía esa demostración, remitiendo esos hechos a un *principio único e incontestable*, para dar consistencia al sistema. Exigía el fundamento común y primario de todas las ciencias filosóficas (cap. IV-V).

A través de su investigación, Reinhold pone de relieve tres aspectos del conocimiento: las intuiciones, los conceptos y las ideas, con sus correspondientes facultades: la sensibilidad, el entendimiento y la razón. Reinhold envuelve o

encierra esos tres aspectos bajo la *representación*; e indica que todas las operaciones de la mente se basan en un primer hecho, el de la *conciencia*. De ese modo piensa haber obtenido el punto de vista más elevado para fundar un principio universal. Dicho de otro modo, *el hecho de la conciencia es el fundamento buscado*, y la proposición que lo expresa es el *principio de la conciencia*. Lo formula así: “la representación es distinguida, en la conciencia, de lo representado y del representante y es referida a ambos”. No pregunta ya “¿qué puede ser conocido por la razón?”, sino “¿qué puede ser representado?”. Un aspecto que abarcaría, desde un solo punto de vista, los principios de la lógica, de la metafísica y de la moral (cap. VI-IX).

El pensar de Reinhold quería ofrecer, respecto a la filosofía de Kant, las *premisas*, lo que otorga unidad sistemática, la “filosofía elemental” (*Elementarphilosophie*) que pone un principio universal y simple, situado en el centro de la conciencia.

Mas su empresa no satisfizo ni a los oponentes ni a los seguidores de Kant. Y en su contra trabajó sin lugar a dudas el escepticismo de Schulze, autor del *Enesidemus*, un libro que pretendía desmontar la teoría de Reinhold (cap. X).

Atento estuvo Reinhold a la defensa que Fichte hizo de su esfuerzo, asignándole el mérito de haber logrado un alto grado en la escala trascendental, cosa que los kantianos no habrían conseguido. Mas Fichte indicó que ese grado no podía ser el último: no era la cúspide, pues la teoría de Reinhold parte de un análisis que debía haber supuesto una síntesis anterior, en cuyo seno anidan elementos opuestos: tesis y antítesis, el yo y el no-yo (cap. XII).

Al principio, Reinhold quedó desconcertado con esta afirmación de Fichte, pero enseguida aceptó que su propia teoría quedaba compensada con la de Fichte. Y aquí comenzó un calvario intelectual para el propio Reinhold, porque no sintiéndose convencido por el proyecto fichteano, se volvió hacia Jacobi y acabó refugiándose en la teoría del “pensar puro” de Bardili (cap. XIII).

Este libro que el profesor Cruz presenta como una mera introducción a Reinhold, traspasa con decisión las cortas ambiciones de un preludeo y se adentra en temas vertebrales de la propia filosofía trascendental. Un ejemplo: cuando Reinhold plantea el estatuto y el posible conocimiento de la “cosa en sí” kantiana, el autor aclara la afilada e inteligente posición de Reinhold, quien otorga a esa *cosa en sí* una significación que la implica en el sentido del “principio de *contradicción*”, mediante la formulación de que “una cosa no puede ser y no ser a la vez”. Reinhold estima que la cosa (*Ding*) puede significar de una manera general “lo pensable”, no propiamente lo que es un pensamiento, sino aquello a lo que puede referirse un pensamiento. Cuando la *cosa en sí* significa lo pensable en tanto que el pensamiento posible o real no se refiere a ella, en tal caso ella es independiente del pensamiento. El pensamiento es un carácter *negativo* de ella:

la *cosa en sí* solo puede ser *pensada* cuando queda separada del pensamiento; es lo no pensado, lo independiente del pensamiento, lo que es pensado como lo que no recibe en sí la marca del pensamiento, o sea, “como lo que sólo puede ser representado si uno tiene un concepto de la representación que la niega” (cap. IX, pp. 162-163). Cuando el *principio de contradicción* se aplica a la cosa como *pensable*, queda mal comprendido: pues las cosas en sí no pueden encontrarse bajo una ley del pensamiento. Ni en tal sentido, dicho principio puede ser puesto como fundamento de la metafísica.

La veintena de páginas que dedica a la conexión de Reinhold con Bardili son un modelo de exposición profunda y explicativa.

El epílogo del libro es una aclaración equilibrada sobre el alcance de la teoría clásica de la representación que, según Reinhold, quedó atascada en un realismo impertinente.

Una exhaustiva relación bibliográfica, tanto de los escritos de Reinhold como de obras sobre Reinhold (239-253), culmina este penetrante libro, que no dejará indiferentes a los estudiosos de esa etapa preparatoria del idealismo que culmina en Hegel.